sos. Voltaire vino á aumentar el número de los Sofistas cortesanos, y encontró la acogida que le prometia su reputacion; pero le duró poco. Lo que le ganaban de léjos sus escritos, le hacian perder de cerca su carácter envidioso y su genio maligno. No le bastaba ser el primero entre sus iguales; su orgullo aspiraba á dominar á todos, su ambicion quiso gobernar á un Monarca que no se dexaba gobernar. Pretendió sojuzgar á Literatos que no le cedian en vanidad, y no pudiendo conseguirlo, su humor muy irritable no supo esconder ni su disgusto ni su enfado.

Se le acusó de haber compuesto una sátira atroz contra el mismo Soberano que le protegia, con la doble iniquidad de haberla divulgado atribuyéndola á Maupertuis, primer objeto de su envidia, y con el fin de hacerle perder el afecto del Rey. Este no se dexó engañar con tan vil artificio. Indulgente y magnánimo prometió á Voltaire eterno olvido, si queria confesarle la verdad; pero Voltaire tenaz y no arrepentido lo negó con obstinacion. Y habiendo despues adquirido el Rey pruebas evidentes de la inocencia del uno, y de la malignidad del otro, conoció que habia abrigado en su seno una serpiente, y le arrojó de su Corte y de sus estados.

Entónces fué á buscar un asilo en la libre y pervertida Ginebra, tierra infeliz, que estaba ya entregada al error, y es el centro y hogar de la heregía. Lo que hay de singular es, que esta misma Ciudad que se ha rebelado contra la Iglesia su primera Madre, que

la ha negado su antigua obediencia, que es el refugio y la capital del Calvinismo, que tiene sus puertas abiertas á todos los desertores del culto, y á quantos transfugas huyen de la severidad de la disciplina Católica, se llenó de terror quando supo que Voltaire como los otros, iba á buscar un abrigo en su seno. Dudó mucho si se le concederia ó no: tenia razon en temerlo, y hubiera hecho bien en no acordarlo.

En efecto desde que el apóstata Voltaire se halló en una tierra libre, desde que pudo sin riesgo soltar las riendas á su mano, y dar ensanches á su iniquidad, se quitó la mordaza que el respeto y el temor le habian puesto, y qual tigre que se mira libre de las cadenas que le oprimen, se arrojó feroz sobre su pluma, y procuró con ella desterrar de la tierra todos los cultos, y exterminar del mundo todas las virtudes. Sus escritos perdiéron aquel barniz de moderacion forzada en que los habia contenido el temor. El veneno que hasta allí habia derramado por gotas, le vertió á manos llenas, y le transformó en un torrente de iniquidades, y en un diluvio de horrores. Desde entónces nada respetó, ni leyes, ni moral, ni Gobierno ni Religion.

Su fecundidad tan prodigiosa como infeliz multiplicaba cada año los libros con que infestaba al Público. Todas eran ó producciones asquerosas y obscuras con que ofendia groseramente la decencia de las costumbres, ó sátiras insolentes contra los Gobiernos establecidos, ó historias infieles en que con arte pérfido alteraba la verdad de los hechos para dar un falso color á la malignidad de las intenciones, ó en fin poe-

sías y otras obras ligeras; pero todas traian el carácter de la bestia, en todas se veia un infatigable y pérfido conato de hacer odiosa la Iglesia, y ridícula la Religion. Sus primeras obras le habian procurado la celebridad de los corazones corrompidos, y se veia que trabajaba en aumentarla con las posteriores á fuerza de temeridades y blasfemias.

Largos años se ocupó en este miserable y pernicioso afan. Ginebra era el taller en que forjaba todas las armas de su impiedad, el arsenal de que salian las flechas emponzoñadas con que esparcia su mortífero veneno en todas las regiones de la tierra. Cada produccion de su orgulloso ingenio le acarreaba nuevos aplausos de la gente perdida, y era el estimulo de otra nueva y mas escandalosa que le merecia otros mayores. Así con una deplorable progresion cada qual venia con un nuevo grado de malignidad y desvergüenza, y las últimas llegáron á un extremo de depravacion, adonde nunca habian podido llegar ni el corazon mas licencioso ni la razon mas pervertida.

No era ya el empeño de un ingenio ardiente que procuraba acreditar sus propias opiniones. Tampoco era la propension innata del orgullo que aspira á dominar los ánimos en la propagacion de sus ideas, y fundar un imperio en el dominio de las letras. Era la rabia de un ánimo irritado que aborrece al enemigo que persigue; el encono de la atroz venganza que no sosiega hasta ver por tierra al odiado objeto de sus iras; y en fin el esfuerzo de una cólera ciega, que con implacable furor no se satisface sino con la ruina total de su contrario.

Todas estas viles y furiosas pasiones dominaban en las obras monstruosas de su pluma, y todas eran subversivas y enemigas de quantas máxîmas de buenas costumbres ha dictado el moral, y de quantas leyes en el gobierno político ha dictado la razon. Pero sobre todo se descubria en ellas un ódio feroz y encarnizado contra la Religion, una incesante y rabiosa detraccion contra la Iglesia y sus Ministros, una antipatía sin término contra el culto público, y el malvado conato de arrancarle si fuera posible, de la faz de la tierra.

Estas Obras volaban por el mundo con las alas de la novedad y del interes, y eran recibidas con ansia por el libertinage que alhagaban, y por la curiosidad que divertian. El veneno era mortífero y sutil; pero la taza era dorada. Jamas hombre poseyó en tan alto grado los primores del estilo y los adornos de la eloqüencia. Jamas otro manejó con tanto artificio las flechas de la burla, y la alevosa saeta de la ironía; ni nadie supo jamas usar con agudeza tan sutil del punzante y traidor esfuerzo de la sátyra para transformar en ridículos los objetos mas dignos de respeto.

Este arte deplorable le sirvió con ventaja para hacer pasar á muchos corazones el tósigo fatal de sus doctrinas. Por entre la clara brillantez de su estilo y la chistosa amenidad de su expresion se resbalaban los principios mas impíos, y los corazones incautos los bebian, bien hallados con opiniones que al parecer desahogaban sus conciencias y los tranquilizaban en sus vicios. La juventud presuntuosa los adoptaba con placer; la inexperta se dexaba seducir, y la modesta y tímida ignoran-

cia se espantaba con la novedad, se aterraba con la avilantez, pero no la sabia contrastar.

Los hombres instruidos y de sano juicio, dando el aprecio conveniente á sus obras puramente literarias, veian con horror las impuras, y detestaban las impías. Por desgracia estas eran las mas, y en algunas, que eran como un prodigio de delirios, habia acumulado todos los principios destructores. No se podia esconder á las luces de los verdaderos sabios, que todas aquellas novedades peligrosas no eran mas que un conjunto de sofismas, que todos sus sistemas no eran mas que una máquina artificiosa entretegida con hilos muy resplandecientes, pero tan débiles y fútiles que no era necesario mucho esfuerzo para deshacerla; pues toda era una telaraña brillante que no podia resistir al menor soplo de la discusion.

Pero deploraban el estrago que podian producir en los que no tenian bastante instruccion para discernir el artificio y reconocer su flaqueza. Estos Sabios observaban que Voltaire no habia hecho otra cosa, que reproducir en este siglo las objeciones contra la Religion, que desde los primeros tiempos hiciéron los incrédulos. Objeciones que los herederos de sus sectas han repetido con mala fe en los siguientes, olvidando las respuestas victoriosas que les diéron los primeros Padres, como en nuestro tiempo las olvidaba Voltaire. Que así todo el trabajo de este se reducia á renovar los antiguos sofismas, sin poner de su parte mas que el arte capcioso y la sofistería con que lo sabian revestir sus pérfidos talentos.

Observáron tambien que la rabia astuta de Voltaire no necesitaba de otro estudio, que el de los largos voluminosos catálogos, en que los mismos Católicos con el título de Antinomias exponen las dificultades ó contradicciones aparentes de la Religion y de las santas Escrituras en que estriban; y que copiándolos sin añadir mas que las invectivas que le sugería su animosidad, procuraba con ellas formar toda su larga lista de argumentos. Al mismo tiempo viéron que si tomó el afan de repetirlos, tuvo la astucia de callar las soluciones con que los mismos que las proponen las deshacen; y no pudieron dexar de ver en esta conducta ó mucha ignorancia, ó lo que es mas verisímil una mala fe muy artificiosa.

Por otra parte á pesar de los falsos resplandores con que deslumbra á los ojos alucinados la mayor parte de sus obras, la perspicácia de los Sabios no pudo dexar de ver los muchos errores en que abundan, aun prescindiendo de la Religion; pues están á la vista los títulos infames que merece por el mismo caracter con que le presentan sus escritos. Desde luego aparece como un Poeta obsceno y lúbrico, corruptor de las buenas costumbres, y vil panegirista del vicio, de la licencia y del desórden.

Despues de esto no se puede negar que es un Historiador infiel, tan ligero y poco circunspecto que ni siquiera es exâcto en las fechas, y mucho ménos en los sucesos; pues quando no los inventa, los tuerce y acomoda á su sentido, vistiéndolos con mentidos colores, para dar valor á la malignidad de sus intenciones. Calumniador imprudente de quanto respetan los mortales,

pues vicia hasta lòs textos de los santos Libros, citandolos diminutos, ó con alteraciones esenciales. Intérprete de mala fe, pues se esfuerza á darles el sentido que no tienen, y se sirve de quanto le puede sugerir su funesta erudicion para torcerlos á su depravada inteligencia.

Calumniador de la Religion, pues para hacerla aborrecer la atribuye dogmas que no tiene, y la acusa de las doctrinas que ella misma reprueba. Calumniador de la Iglesia, pues quiere hacerla responsable de todos los delitos de los hombres, cargándola de las faltas de los individuos, atribuyéndola las mismas supersticiones y excesos populares que mas la afligen, como si ella los adoptara y promoviera. Calumniador de sus Ministros, pues las mas veces sin pruebas contra todos los testimonios de la historia y las reglas de la verisimilitud los juzga y representa como culpados de todos los horrores de su siglo, y de todos los atentados de las pasiones.

Juez iniqüo, que con una balanza desigual exâlta y eleva tanto las virtudes profanas y civiles, como abate y deprime las Christianas; tanto canoniza y celebra los Paganos ilustres, como desprecia y escarnece los Santos mas heroycos. En fin infiel en los hechos, falaz en los discursos, pérfido en las intenciones, capcioso en los raciocinios, y que emplea sin cesar con un arte insidioso los falsos colores de la mofa, del escarnio y de la ironía. Este hombre desdichado ha mentido en todo con imprudente desvergüenza: ha mentido á su Dios, á su conciencia, á sus contemporáneos y á la posteridad.

Es fácil conjeturar lo que serán unos libros compuestos de tan malignos elementos. ¡Qué conjunto de horrores, blasfemias y abominaciones deben contener volúmenes dictados por labios tan sacrílegos y con tan siniestras intenciones! Á pesar de lo que lisonjean el gusto, repugnan al honor y excitan una involuntaria indignacion. En cada discurso, en cada página se vé estampada una impiedad que eriza, una maxîma que relaxa, una sátyra que choca, una mentira maliciosa que indigna, y en todas se ve de bulto un insensato ardor de pervertir las almas y alejarlas de todo lo que es justo, santo y adorable; en una palabra el ímprobo conato de hacer que todos abandonen su Dios, su Religion y su conciencia.

Es increible el estrago que ha causado en todas las clases de la sociedad, y lo que hay de mas deplorable es, que este daño se ha extendido hasta las gentes de la mas baxa especie de las Naciones extrangeras; porque este hombre perverso tuvo el talento y la malignidad de tratar los asuntos mas sublimes y profundos con un estilo llano y perceptible, salpicándolo todo con chistes. Como allí abundan los cuentos agradables, los hechos que divierten, las ironías que agradan, las máxîmas que lisonjean, y en fin los sarcasmos y las calumnias que complacen tanto á la malignidad humana, supo hacer muy divertida su lectura.

Lo peor es que en algunos paises ella es la mas comun, ó por decirlo mejor la única de los lacayos, las criadas, los artesanos, y todas las personas de esta especie, que apénas pueden gustar de otra, y no saben dexar esta de la mano. Todos aprenden en ella á cen-

surar la Religion, sus misterios, y todas las virtudes Christianas y útiles, y vé aquí el medio con que ha conseguido desarraygar de todo corazon que no se ha defendido con su educacion ó con la Gracia divina, todo sentimiento moral y toda idea religiosa.

Con esto solo ya podeis conjeturar quánto ha debido cundir en nuestros dias este horrible contagio, y cómo ha podido extenderse desde la mas alta clase hasta la mas inferior, sin que ninguna ofreciese medios para resistir á la ilusion; porque la nobleza y las gentes mas bien educadas, no estando bien instruidas en los fundamentos de su fe, no podian adquirir mas que una ilustracion profana y superficial que no los dexaba en estado de discernir los errores y los sofismas, ni querian tomarse el tiempo necesario, pues solo se ocupaban en los objetos de su ambicion y de sus placeres. Y las gentes de un órden inferior no habiendo tenido nunca otra instruccion que la escasa que recibiéron en sus primeros años, no podian hallar en su ignorancia defensa contra tan artificiosas seducciones.

Es verdad tambien que muchos varones llenos de zelo y de ciencia han escrito otros libros en que han probado con evidencia sus errores, sus falsedades y su mala fe; pero tampoco esto adelantó nada. Los hombres por la mayor parte no leen sino para pasar el tiempo y divertirse. Así leen con preferencia los libros frívolos que los entretienen; sobre todo los malignos y satíricos que llevan consigo la sal del chiste y la pimienta de la calumnia. Mas los hombres serios y Christianos no pueden escribir libros de semejante especie.

Por otra parte para poner en su luz asuntos delicados, y desenredar artificios y sofismas astutos, es indispensable usar de discusiones sábias y sérias, que no sufren bufonadas y chocarrerías, y ménos son permitidas calumnias y maledicencias. Era pues casi imposible que las obras de los Escritores sabios pudiesen tener los atractivos que alhagan á los lectores rústicos y frívolos, y por esto no eran leidas de ellos. Vé aquí por qué su esfuerzo ha sido inútil. Aquellos para cuyo desengaño habian escrito no conocian la obra, ó si llegaba á su noticia, el fastidio la arrancaba de su mano. Solo la leian aquellos que no la necesitaban. De este modo el error se ha propagado sin contraste, y el remedio llegó tarde. Mejor hubiera sido prevenirle, y ahora parece el daño casi irreparable, si no se toman medidas mas eficaces para su remedio.

Este hombre desdichado gozó de su triunfo infame en toda la extension de sus deseos. Los Sofistas de todas las naciones recurrian á él como al centro de su unidad, le ofrecian una especie de culto, y le reconocian como xefe y Coryfeo de la incredulidad. Él los alentaba y los dirigia, y con la infatigable fecundidad de sus escritos mantenia el fuego infernal, y les afilaba las armas para el combate; pero ¡ay! todo lo mortal es caduco y limitado. Su imaginacion aunque grande no era infinita, y se halló por fin agotada. Llegó el tiempo en que acabó de vomitar todas las blasfemias, las novedades, y los horrores que su malicia le pudo sugerir; ya no sabia qué inventar, y en los últimos años le fué indispensable repetirse hasta fastidiar y causar nausea.

En sus últimos dias vino á París, y en esa inmensa y corrompida Babilonia oyó tales aplausos y lisonjas que pocos han conseguido de sus contemporáneos: jamas se ha visto un Pueblo tan frenético y embriagado de placer como París, quando le vió en su seno; pero esto era consiguiente, pues esa París tan loca y tan fanática era la que habia bebido mas de sus inmundas aguas. Este Pueblo que tanto le aplaudia era el mismo que mas habian corrompido sus escritos, y no es posible concebir á qué extremo llegó el furor de su idolatría.

Los muchos seqüaces que habia formado en esta numerosa y ligera Capital, le cercáron con aclamaciones, y le llevaban en pompa. ¡Y qué gloria para su loca vanidad ver adornar su triunfo con tantas conquistas de su ingenio! Los mismos que por su seduccion habian abandonado al Dios que sus padres adoráron, parecian adorar á un esqueleto descarnado, cuya larga vida se habia consumido en hacer guerra al Cielo y á la tierra. La celebridad fué desmedida, el aplauso delirio, las aclamaciones frenéticas, y la embriaguez tan fanática que las gentes por las calles iban de tropel en su seguimiento.

Pero miéntras él se dexaba embelesar con esta aura de ruidosa y frívola celebridad, la pavorosa muerte amenazaba ya á su anciano y desmoronado edificio. Este Titan impío que se mostraba intrépido quando se sentia en salud, no era tan impávido quando las enfermedades le avisaban el peligro de su mortalidad. Era notorio que dos veces se habia visto en Ginebra amenazado por la muerte, y que dos veces habia ocurrido temeroso al socorro de la confesion. Con esta experiencia todos descubriéron que este corazon tan pervertido no estaba enteramente muerto, que sentia cerca del peligro los estímulos del remordimiento; y los buenos tenian alguna esperanza de que en su postrera hora se acogiese á las lágrimas de la penitencia.

Pero esto no siempre lo concede el Cielo, y suele algunas veces aterrar á los impíos con exemplos terribles. Yo no me atrevo á escudriñar los secretos de Dios, y sé que á su misericordia basta un instante; pero la historia no podrá ocultar que Voltaire vino á París conducido por la vanidad, que el demasiado vapor del incienso con que se le recibió, sofocó sus ya cansados alientos, que la muerte se presentó á su puerta, que débil y postrado en el lecho no fué ya dueño de sus acciones, y que muchas circunstancias contribuyéron á apresurar su fin quando no se pensaba tan cercano.

Tampoco podrá esconder que sus seqüaces y cómplices se apoderáron de su estancia, y que instruidos de lo que habia practicado en lances semejantes temiéron una repeticion que desacreditase en público su doctrina, y dexase una idea de la inconstancia de su xefe; que le cercáron de manera que apénas le quedó libertad para explicarse; que pusiéron barreras á todos los caminos para que no pudiese entrar ninguna luz, ningun reclamo, ni ningun Ministro de la Religion; y que el infeliz sorprehendido por el error de un remedio mal aplicado perdió de repente el sentido, y exhaló su postrer aliento sin haber lavado las muchas iniquidades, y los pésimos documentos:::

¡Desdichado fin! interrumpió mi amigo, cubrién-